

EL DIALOGO GERMANO-SOVIETICO

EDUARDO HARO TECLEN

LA visita de Estado que ha hecho Brejnev a la República Federal de Alemania es un paso más, y de bastante trascendencia, en la lenta pero obligatoria reconciliación de los dos países y, por lo tanto, para la estabilidad en Europa. Como es costumbre, todos los comentarios officiosos o inspirados del mundo occidental tienden a disminuir o a anular su verdadera importancia y, cuando la reconocen, es para señalar que es un triunfo soviético frente a la vieja fortaleza alemana. Todo funciona siempre según los moldes previstos... El propio Schmidt y la democracia cristiana reducen la calidad de la visita por razones electorales y por no alarmar a Washington: muchos alemanes siguen culpando a la URSS y al comunismo soviético de constituir el mal absoluto de este mundo. Y Alemania Federal ha hecho un negocio redondo de su profesionalidad militar antisoviética: todavía lo está haciendo y no interesa perderlo. Washington es un marido celoso; Alemania es su gran amor, y la URSS, por otra parte, no debe ser cortejada más que por los Estados Unidos. De donde conviene decir que la visita de Brejnev es puramente rutinaria: algo así como el "pasaba por aquí..." del típico disimulo. En cuanto a la gran derecha mundial, y especialmente la democracia cristiana de la RFA, que fue la que profesionalizó el antisovietismo y convirtió al país en la gran fortaleza de la guerra fría, está particularmente interesada en demostrar que Brejnev se lleva la mejor parte de los acuerdos: que el tratado comercial la favorece, que mantiene su "anxiosismo" sobre Berlín y que utiliza a Alemania Federal como plataforma especialmente resonante para sus discursos sobre el desarme. Se trata de demostrar una vez más que la socialdemocracia es débil, que tiene una diplomacia cobarde, que cede ante el único gran enemigo

de la nación. Recordemos que la política de apertura al Este le costó a Willy Brandt una serie de aventuras truculentas que culminaron en su evicción de la jefatura del Gobierno por la acción conjugada de Washington (la CIA) y la derecha, en colaboración con los servicios especiales del propio país.

La historia de las relaciones de los dos países en lo que va de siglo es enormemente sangrienta. Enfrentados en la primera guerra mundial; la instauración del comunismo en Rusia creó una sensación de peligro inminente en los grandes industriales alemanes y en los círculos capitalistas europeos que produjo, primero, la gran manzana de comunistas durante la república de Weimar y luego la instauración del nazismo; Hitler creó las condiciones propias para una guerra de exterminio contra la URSS, que por una serie de anécdotas diplomáticas se convirtió en guerra contra las democracias y pacto con Stalin, pero violó el pacto para agredir a la URSS; la sangrienta ocupación alemana de países que más tarde entrarían en la órbita soviética, y la durísima ocupación del territorio soviético durante la guerra, crearon un espíritu de revancha en los comunistas; en los últimos días de la guerra, Hitler y sus sucesores efímeros y ocasionales intentaron aún convertir la derrota en una cruzada antisoviética tratando de que los vencedores del grupo capitalista invirtieran sus alianzas; la ocupación soviética de Alemania fue especialmente dura; la división de Alemania en dos Estados, uno de ellos con régimen comunista, fue obra soviética. Y las conveniencias de la guerra fría convirtieron, después, a Alemania en la principal fortaleza frente a la URSS: en gran parte por su posición geográfica, en gran parte, también, por su resentimiento histórico. Ello quiere decir que desde 1945 las formas de propaganda nacional y

extranjera han desviado casi exclusivamente el resentimiento de la derrota hacia la URSS, y que incluso el antisovietismo ha ido apareciendo como una justificación del nazismo, como una forma de depurar la conciencia mala del nazismo. Mientras esto sucedía en Alemania Federal, en la URSS se culpabilizaba enteramente a Alemania de los enormes desastres de la guerra, que sufrió la Unión Soviética más que ningún otro país. No tuvo tiempo de reconciliarse, achacándolo todo al nazismo, porque la guerra fría hizo ver que el problema no era el régimen que hubiese en Alemania, sino Alemania misma. En la URSS, sin embargo, los mecanismos de propaganda y de creación de ambiente psicológica funcionan sin matices. Cuando Willy Brandt inició la aproximación, a partir del relativo reconocimiento de Alemania Democrática como Estado independiente dentro de una misma nación, la URSS comenzó a retirar sus tópicos antiguos sobre la socialdemocracia. Que había sido considerada, aun cuando era revolucionaria —en la época de Rosa Luxemburgo— como un desviacionismo. Se achacó a Stalin la rigidez innecesaria, se revisaron viejos textos, y la socialdemocracia comenzó a considerarse como una posibilidad. Ahora, precediendo la visita de Brejnev, se ha lanzado una nueva ola de propaganda que retira a Alemania Federal su condición de revanchista, de sedienta de sangre, de mercenaria de los Estados Unidos. Comienza a ser un país respetable.

Los mecanismos de la propaganda alemana funcionan de otra manera. Consisten, simplemente, en quitar importancia a la visita, en presentarla como un deseo soviético de tender la mano a un país que había vilipendiado o en presentar las ventajas del tratado comercial. Esto, por parte del Gobierno. Por parte de la oposición de derechas, como queda dicho, la URSS sigue siendo el gran enemigo y el Gobierno es sospecho-

so de comunismo —"estos socialdemócratas siempre serán rojos!"— al abrir así las puertas de la fortaleza.

Sin embargo, Alemania Federal tiene un enorme mercado abierto en la URSS, y eso fue obra de Willy Brandt, y los grandes industriales no lo desdennan. La RFA es el primer proveedor de la URSS, aun por encima de la URSS. Aunque se sostenga que lo que Alemania Federal envía a la URSS es sólo el 2,2 por 100 de sus exportaciones, es una cantidad sustancial que no se puede perder, y que conviene ampliar: el nuevo tratado comercial, firmado para veinticinco años, trata de ampliar esas exportaciones. Sobre todo, por lo que puedan dar a cambio. Hasta ahora, parece que el déficit de la balanza de pagos soviética es grande: el equivalente a 75.000 millones de pesetas. Lo que los alemanes quieren obtener es minerales; concretamente, uranio. Se dice que casi la mitad de las materias primas que recibe la RFA para mantener sus centrales nucleares procede de la URSS. Podría recibir más, dice Moscú, si se pudiera explotar totalmente el subsuelo de Siberia, que es riquísimo. Pero para explotarlo hace falta ayuda: hace falta maquinaria y técnica alemana. Sobre todo ese mercado tienen los Estados Unidos un ojo vigilante. No querían que Alemania Federal pudiera depender del uranio soviético; menos aún querían que se llevase a cabo una explotación total y racional de Siberia que pudiera aumentar la producción soviética de uranio: para sí misma y tal vez para otras naciones que ahora dependen de los Estados Unidos, y que podrían cambiar de alianzas, por lo menos comerciales. La URSS no es muy exigente en la naturaleza de los regímenes con los que trabaja: sólo quiere que no le sean directamente hostiles —aunque lo sean verbalmente— y paguen seriamente. Sobre todo, que paguen en una técnica refinada que necesita mucho.

Todo este trasfondo comer-



Breznev con el canciller Schmidt en Bonn: un paso más en el camino de la estabilización de Europa.

cial es muy importante, y parece que es la base esencial de la visita. Lo cual no le quita su importancia estratégica y política, sino que la aumenta. Por ejemplo, la visita soviética se hace en vísperas de las grandes reuniones de la OTAN en Bruselas y en Washington. Una de las críticas derechistas a la visita de Estado es la de que Brejnev pretende "atacar en general la fe de Alemania occidental en la OTAN" ("Daily Telegraph", conservador, Londres). Naturalmente no es una cuestión de fe. La política y la estrategia van por otras vías. Pero sin duda pretende la URSS que Alemania Federal, que siempre tiene una voz hostil y alarmista en la OTAN, la reduzca, y que escuche las intenciones de desarme y de reducción de tensiones que la URSS dice tener. Lo que quiere conseguir Brejnev, por ejemplo —por muy importante ejemplo— es que la RFA se niegue a almacenar en su territorio —en las bases de la OTAN, en las bases de los Estados Unidos— las bombas de neutrones. Y, como se trata de un diálogo y de una negociación,

lo que Schmidt propone a la URSS es renunciar, efectivamente, al almacenamiento de bombas de neutrones, pero a cambio de que la URSS, el Pacto de Varsovia, ofrezca algo sustancial a cambio. Toda esta negociación se ve mal desde los Estados Unidos, que querían negociar directamente la cuestión de la bomba de neutrones y su almacenamiento en los países de Europa con la Unión Soviética; los críticos dicen que la RFA, con estos diálogos sobre desarme, se personaliza demasiado, se separa demasiado del núcleo de la Alianza. Pero, ¿es posible, en conciencia, considerar como negativo el hecho de que un país fronterizo se personalice y se desprenda de una hegemonía en cuestión que atañe a su seguridad nacional? Sobre todo, porque nunca se llegará a un extremo. Véase, también, de dónde viene la crítica: de China. Con su lenguaje habitual, China advierte a Occidente, con su calidad de gran conocedora del comunismo soviético, que todo es una gran trampa, y que lo que quiere Brejnev es, simplemente, debili-

tar a Occidente. Nadie se engaña con respecto a la realidad de la postura china: Pekín teme que la URSS llegue a un estado de confianza en Europa, o de seguridad, que la permita dedicar mayor atención estratégica y táctica a sus fronteras con China. Toda la política exterior e interior de China está, desde hace muchos años, preocupada seriamente con este tema: el día que la URSS no tenga nada que temer de Occidente, empleará toda su potencia en barrer China. Lo cual ha llevado a los chinos a toda clase de alianzas aberrantes y, en este caso concreto, a manifestar su acuerdo con la gran derecha europea y con los Estados Unidos de que la socialdemocracia gobernante en la RFA es traidora y abre la puerta al enemigo. Puede llegar a creerse, por qué no, que China tenga razón en esta alarma. Pero, ¿puede compartir un europeo este punto de vista? ¿Puede no desearse, desde aquí, que se establezca la paz en Europa para salvar a China? Sobre todo, a una China que prefiere a su vez desprenderse de sus compromisos revolucionarios,

de los que un día quiso ser protagonista, con respecto a los que llamó "países proletarios del mundo", con tal de conjurar la amenaza.

No se sabe, ni probablemente se sabrá, el contenido de las conversaciones directas entre Schmidt y Brejnev, ni el desarrollo posterior que van a tener por las vías diplomáticas normales. Pero se cree o se entiende que la presión concreta que está ejerciendo la RFA sobre Brejnev consiste en que retire un número sustancial de divisiones blindadas, de hombres y material que se consideran como de guerra convencional, de las proximidades de las fronteras alemanas. Los datos de la OTAN indican que la superioridad soviética en este tipo de armamento convencional está en proporción de tres a uno. Si lo consiguiera, Alemania Federal reduciría su ofensiva antisoviética en la OTAN y probablemente se negaría a almacenar en sus bases la bomba de neutrones. La propuesta general de Brejnev está contenida en su discurso de llegada: "Hagamos de manera que no haya aumento en los armamentos, realicemos progresos verdaderos para la reducción de fuerzas armadas y para el desarme, tanto a nivel mundial como en Europa, particularmente en Europa central. Renunciemos a todo almacenamiento y a toda producción de nuevos sistemas de armas de destrucción masiva". (Para la URSS, la bomba de neutrones está considerada como de destrucción masiva, mientras que los Estados Unidos, en cambio, la consideran como defensiva y de proporciones limitadas.)

Parece también que la cuestión de Berlín no ha sido demasiado insistente por parte soviética. Como si se dispusiera a hacer alguna concesión en lo que en tiempos fue su arma de combate favorita, a cambio de los dos temas esenciales: el desarme en el centro de Europa y la firma del tratado comercial.

Los términos comunes de descripción de la visita se reducen a considerarla como "agradable, franca y realista", destinada a "desarrollar, mejorar y profundizar" las relaciones entre los dos países. El secretario de Estado de Alemania Federal ha llegado a decir que se trataba de algo a considerar "en una perspectiva histórica". Brejnev ha insistido en que se trataba de superar "un pasado difícil". Por parte alemana, exclusivamente, la visita se minimiza, como queda dicho; por parte soviética, se tiende a exagerar su importancia. Sin duda la tiene. Y desde un punto de vista europeo, desde una tendencia franca de evitar una guerra, y no solamente de evitar una guerra, sino de consolidar las relaciones de paz, es de gran importancia.